DETRÁS DEL LIBRERO

A plena vista

Por Sofía Díaz Milián
Foto: Tomada de Internet

Hay autores cuyas novelas de misterio nos invitan a descubrir al culpable, y otros que, además, nos hacen cuestionar nuestra propia capacidad para reconocerlo, y si hay una escritora experta en sorprendernos con sus historias, por muy afilados que sean nuestros instintos, esa es Agatha Christie, la *Dama del Crimen*.

La lista de novelas brillantes de esta autora es demasiado extensa para repasarla por completo, y si debo escoger una que te convenza, queridísimo lector, de sumergirte en el universo de Agatha Christie, sería, definitivamente, *El asesinato de Roger Ackroyd*.

Con la muerte de Roger Ackroyd tras el suicidio de la mujer que amaba, secretos y chantajes que no estaban destinados a salir a luz convierten su asesinato en un enigma. Hércules Poirot, un detective que



buscaba unas buenas vacaciones en el tranquilo pueblo de King's Abbot, deberá reconstruir lo sucedido y descubrir cuál de las personas cercanas a la víctima tenía motivos para matarla.

Pero si algo caracteriza a Agatha Christie es que los sospechosos no escasean y las pistas parecen apuntar en distintas direcciones. Todos parecen culpables, todos parecen inocentes. Y cada conversación, cada comportamiento extraño, cada detalle aparentemente insignificante adquieren una importancia particular.

Si eres tan fanático como yo de las novelas de misterio, y te dedicas a anotar y analizar todos los detalles, el personaje de Hércules Poirot de seguro te resultaría insufrible, incluso, inepto como detective. Parece que se fija en pistas sin importancia, ignora información relevante, prioriza muchas veces detalles circunstanciales, y luce más preocupado por la limpieza y el orden que por el crimen en sí.

Pero este detective es uno de los aciertos más grandes de Agatha. Detrás de su baja estatura, su bigote ridículamente grande y su obsesión por usar las células grises, resulta tal vez el personaje más lógico de todos, su capacidad de observación y razonamiento le ayuda a detectar contradicciones y detalles fuera de lugar.

Otro acierto en esta novela también lo fue su narrador, el doctor James Sheppard, quien relata los acontecimientos, acompaña a Poirot durante la investigación y ocupa una posición que parece familiar dentro del género detectivesco; es de esos personajes que ayudan al detective, describen sus métodos y permiten que el lector siga sus razonamientos.

Agatha jugó muy hábilmente sus cartas en este misterio, o jugó, más bien, con nuestra psicología. Cuando construyó esta historia no estaba pensando en sus personajes, sino en nosotros, los lectores. Sabía que no leemos de manera completamente objetiva, interpretamos los acontecimientos a partir de nuestras expectativas, confiamos en determinados personajes y concedemos más importancia a unas pistas que a otras; a veces, incluso, confundimos la ausencia de información con la ausencia de algo sospechoso.

Los lectores intentamos adelantarnos a Poirot, establecer conexiones y construir nuestras propias hipótesis, convencidos de que si prestamos suficiente atención, podremos resolver el caso antes de llegar a la última página, y así Agatha nos conduce inevitablemente hacia una conclusión equivocada sin que nos demos cuenta del todo de cómo hemos llegado hasta ella.

El final, por supuesto, constituye el momento de mayor impacto. Sin embargo, creo que reducir el valor de la novela a su última revelación sería quedarse en la superficie. Una sorpresa puede impresionar durante unos minutos; pero cuando un autor construye una estructura narrativa capaz de modificar nuestra interpretación de todo lo leído, de verdad vemos lo brillante de la novela. La historia cambia de significado porque nosotros también cambiamos la manera de mirarla.

En este punto, como lector solo quedan dos opciones, o te enojas por sentirte estafado o vuelves a leer algunas páginas, y te das cuenta de que en realidad la autora no rompió ninguna regla de la ficción detectivesca; sí las respetó, solo que las llevó al límite, exploró hasta dónde pueden llegar sin que pierda lógica la investigación.

Esta novela nos obliga a preguntarnos por qué confiamos en determinadas personas, hasta qué punto nuestras expectativas influyen en nuestros juicios y cuántas veces dejamos de examinar una situación porque creemos haber comprendido ya lo esencial, y en una novela de misterio esto resulta especialmente interesante, porque surge de la propia experiencia de lectura. No necesitamos que Christie nos explique nuestra equivocación, basta con descubrirla.

El asesinato de Roger Ackroyd es uno de esos textos que justifican su condición de clásico, no solo por su popularidad o por la fama de su autora, sino por la inteligencia con la que está construida. Su mayor logro no es sorprender al lector a cualquier precio, sino conseguir que la sorpresa parezca, retrospectivamente, inevitable. Nos engaña, sí, pero lo hace aprovechando nuestras propias expectativas y nuestra disposición a confiar en la historia que se nos cuenta.

Si a pesar de todo lo que he dicho, queridísimos lectores, aún deciden leer esta novela como otro detective más, les daré un último consejo: la verdad siempre se esconde a plena vista.



AL PIE DE LA LETRA

Un batazo lingüístico

Por Lisvany Martín Rodríguez
Foto: Ramón Barreras Valdés

El pasado 4 de octubre comenzó la 65.ª Serie Nacional de Béisbol, uno de los principales eventos deportivos del país. El equipo de Villa Clara mantiene sus aspiraciones de clasificar para la postemporada del torneo, y ya el tema se ha instalado en los debates de los aficionados. A propósito, compartimos algunas recomendaciones lingüísticas recogidas por las obras académicas, la Fundación del Español Urgente (FundéuRAE) y el blog cubano *Buen Idioma*.

Béisbol, beisbol o pelota

El anglicismo *baseball* se ha adaptado al español como palabra aguda, beisbol, en varios países latinoamericanos, entre ellos, Cuba. La grafía béisbol, con acentuación llana, resulta más común en el resto de nuestro continente y en España, según indica el *Diccionario panhispánico de dudas* (*DPD*). Además, en la zona caribeña se usa también pelota.

Para pichar por el centro

Las voces pichear, pichar, pícher y picheo se encuentran plenamente asentadas en el español y recogidas en el diccionario académico; por tanto, se escriben sin la letra t que incluyen sus anglicismos correspondientes. De igual forma, pueden emplearse las palabras lanzar, lanzador y lanzamiento.

Receptor o cácher

Según la FundéuRAE, la grafía receptor constituye una alternativa válida y recomendada en nuestro idioma antes que el anglicismo *catcher*. También es correcto el empleo de la adaptación cácher, documentada en el *DPD* como «jugador situado detrás del bateador y que recibe la pelota cuando este no la golpea».

Un jit por el buen decir

La voz inglesa *hit*, referida «al golpe que permite ganar una o más bases», se puede traducir como indiscutible, imparable o inatrapable, o hispanizarse como jit (plural: jits).

Otro jonrón ortográfico

Como publica la FundéuRAE, jonrón es la adaptación al español del anglicismo *home run*, una de las jugadas más emocionantes del béisbol. Incluso, la vigesimotercera edición del diccionario académico ya recoge esta grafía, ampliamente asentada en los países hispanoamericanos.

Por un mejor averaje

Según precisa el blog cubano *Buen Idioma*, dedicado a la divulgación lingüística, el anglicismo *average*, referido al «promedio en el rendimiento de un jugador o un equipo», puede sustituirse por el término promedio. Para esta voz inglesa también sería posible la adaptación castellana averaje. En caso de que, aun con las opciones anteriores, se siga prefiriendo el extranjerismo (*average*), lo correcto es escribirlo en cursiva.

Sin lanzamientos descontrolados

En el ámbito beisbolero se usa con frecuencia la expresión *wild pitch* para referirse al «lanzamiento errado del pícher que no puede ser atrapado por el receptor». Aclaramos que en el español son preferibles las alternativas lanzamiento sin control o lanzamiento errado.

A las órdenes del mánayer

Para aludir al «representante de un artista o deportista», la adaptación del anglicismo *manager* es mánager o mánayer. En el béisbol también resultan válidos, y hasta recomendables, los términos representante o director.

Con el impulso de los Leopardos

De acuerdo con la *Ortografía de la lengua española*, se escriben con mayúscula inicial los sustantivos y adjetivos que forman parte de las denominaciones oficiales de los equipos deportivos (Villa Clara, Industriales…), así como sus alternativas estilísticas (los Leopardos, los Leones…). Asimismo, el blog *Buen Idioma* aclara que los usos genéricos de estas expresiones, cuando aluden a los jugadores en sí, requieren minúscula inicial: «El leopardo Cristian Moré conectó dos cuadrangulares frente a Mayabeque».